

Dobles

Guillermo Jesús Fajardo Sotelo

Guillermo Jesús Fajardo Sotelo (1989) es maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Wisconsin-Madison. Es candidato a doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Minnesota, Twin-Cities. Cuenta con cuatro novelas publicadas y un libro de cuentos de terror. Ha sido incluido en diversas antologías en México y Estados Unidos. En 2016 ganó el segundo lugar en el concurso anual convocado por Editorial de Otro Tipo con su novela *Los discursos presidenciales*. Escribe en Periódico Excélsior y en Suplemento de Libros.

I

Al principio pensé que lo único que Rubén Pimienta le había dejado al mundo había sido un diario. Ahora, después de haberlo descifrado, también entendí que nos había dejado una historia. La última vez que lo vi fue hace veinte años. Ahora recupero su imagen a partir de su caligrafía y la opción, siempre aterradora, de su muerte. Él y yo convivimos fugazmente en la facultad de periodismo y nos conocimos, en una brevedad que ahora recuerdo onírica, debido a nuestra mutua admiración por el poeta francés Arthur Rimbaud. Los dos veníamos de familias disfuncionales, ese eufemismo compartido para sortear las preguntas incómodas en reuniones sociales y ciertos rituales oblicuos del compañerismo. Siempre lo encontré un tipo extraño aunque no imprudente. Portaba unas gafas como mastodontes. Su mirada se perdía entre el marco de las mismas y el pelo que le caía a cascadas entre las cejas. Nuestra afición por el poeta francés duró poco: yo me enamoré y él cayó en una espiral sin retorno de sustancias artificiales. Como ya lo dije, lo conocí poco, aunque puedo decir que Rubén tenía una de esas personalidades que se dejan seducir por el romanticismo de la destrucción artística. Quería crear algo pero nunca pudo. Esa esterilidad creativa fue lo que lo condujo, creo, a una profunda depresión nerviosa—lo descubrí en el curso de mi investigación— que lo llevó a estar internado en un psiquiátrico y, después, a dedicarse a la jardinería con tanto ahínco que al salir de la institución fue contratado por el matrimonio Suárez, una pareja de políticos que, en ese momento, estaban subiendo como espuma en la destartada y confusa pirámide de la lambisconería política disfrazada de meritocracia administrativa o profesional.

El diario de Rubén me llegó al periódico un martes en la tarde. Llegó a mis manos gracias a los buenos oficios de uno de los mensajeros que tenemos en el diario. No lo recibí personalmente pues no estaba en mi cubículo sino en *La Cotidiana*, mi bar de cabecera. Los periodistas de *El Nacional* somos conocidos por la zona y los becarios entran y salen de cualquier establecimiento sin preguntas de por medio para entregarnos urgentes. Los reporteros de nota roja formamos un movimiento robusto dentro del diario. Nos respetan porque para nosotros la nota roja no es roja si no trae un poco de

rosa de por medio: procuramos romantizar la vida de la víctima—ciudadanos o bandidos— para darle un extra a la historia. Cuando recibí el diario de Rubén ya había consumido dos o tres cervezas y, como todos los martes, ese día tocaba embriagarme, ya que miércoles y jueves no trabajaba. No me reprima el lector: con los años me he ganado una posición respetable en el diario, sobre todo después de destapar un esquema de corrupción al interior de la Ciudad de México que involucraba a sacerdotes, funcionarios públicos, empresarios, y hasta un director de circo. Es cierto: yo vivía del pasado—esa fuente interminable de prestigio— y había extendido mis réditos hasta límites inverosímiles. A la nueva directora editorial ya comenzaban a parecerle excesivas mis vacaciones a media semana. Quizá por eso me animé a investigar la historia de Rubén y lo que le sucedió.

Me enteré de su suicidio dos semanas antes de recibir su diario. Fui a su funeral y puse cara de compungido. Respeten mi hipocresía: ahí se encontraban dos amigos de la facultad a los que les debía favores. Mi cara de tristeza les impidió cobrarme algo en un momento de tanta sensibilidad. Después de las formalidades de rigor a alguien se le ocurrió festejar al occiso en un bar. Acabamos a las seis de la mañana del día siguiente. Un hombre, no recuerdo quién, me dijo al oído que la policía acababa de encontrar el diario de Rubén escondido entre dos tabloneros del cuarto donde vivió sus últimos días. Me dijo que si me interesaba me lo haría llegar. Dije que sí—a esa hora y después de esa borrachera le hubiera dicho que sí a casi cualquier cosa— y por eso ahora tenía en mis manos ese objeto rojo fosforescente. Me pareció extraño ese color en una cosa que guarda intimidades. ¿Tendría que ver con alguna estrategia de marketing superior que yo no podía entender? Comencé a leerlo con un pudor recién descubierto. Me acodé en una esquina y pedí otra cerveza.

“Lo último que vi fue el jardín del hospital. A lo largo de los años nunca me había parecido un lugar horrible y lo llegué a creer un segundo hogar. A diferencia de muchos de los que todavía vivían en él yo me consideraba un paciente afortunado: no solamente había desarrollado habilidades de jardinería sino que había conseguido un empleo. Había sido referido por el doctor Polanco, amigo de los Suárez, para trabajar en la casa de estos últimos en San Ángel. No solo el doctor se encargó de darme clases de modales sino tam-

bién de inglés. Al parecer —yo no había agarrado un periódico en los últimos dos años— el señor Suárez era considerado un posible precandidato presidencial para ocupar la silla de su jefe. No tenía mucha idea de lo que eso significaba, pero me tomé el empleo con importancia. No ganaría mucho, pero tampoco gastaría mucho: viviría y comería en la casa de la familia. El traslado a mi nuevo hogar resultó sin incidentes —no sé por qué pensé que algo obstruiría mi destino— y llegué a esa casona moderna, de ventanas blancas pero opacas, un jardín que consideré hechizado por laberintos, franqueado por plantas místicas, y cierta recurrencia a un verdor frágil, como si cada mañana cediera su color a la tierra para después recuperarlo por las tardes. Pronto advertí la rutina de la casa: casi nunca veo al señor Suárez, las pocas veces que lo hago es por televisión. La señora, en cambio, pasa casi todo su tiempo en la casa y a ella la he llegado a conocer bien”.

Noté que Rubén todavía tenía dotes escriturales. Recordé, sentado en esa silla del bar, que en su juventud había escrito una novela sobre Rimbaud y Verlaine, en donde los poetas se escapaban a África y años después otro escritor encontraba fotografías, poemas, y una autobiografía escrita a cuatro manos contando su vida erótica. Rubén fantaseó —esto me lo dijo él— con escenas en donde combinaba el salvajismo de la naturaleza africana con aquella de la alcoba. No recuerdo si me la dio a leer, pero confieso que me hubiese resultado indiferente. Ahora, años después, recién descubría ciertos hados confesionales en la escritura de este diario que tenía frente a mí. Un mes después de la primera entrada, estaba esta:

“La señora posee ese aire aristocrático impostado que tienen muchas familias mexicanas que descubren en el talento y en la suerte una superioridad artificial. Tanto ella como él tenían maestrías en Estados Unidos y habían trabajado en la administración pública federal por décadas. Al principio me ignoró por completo, pero después comenzó a ponerme atención, sobre todo cuando se dio cuenta que me gustaba cantarle a los árboles. Una mañana se acercó y me dijo que nunca había visto algo así. Por toda respuesta recibió una leve inclinación de cabeza. Una semana después de ese encuentro yo me encontraba charlando con ella a casi todas horas. Comprendí, aunque ignoro si esto se deba a mi prolongado encierro en el hospital, que las personas solas hablan demasiado cuando se encuentran en la intimidad frente a extraños. El misterio es un facilitador de la elocuencia. Existe cierta nostalgia juvenil por los secretos que se desbocan contándolos a quienes no debemos. Por ello me enteré que el matrimonio no iba tan bien. Que el señor Suárez, al parecer, sin ser un cornudo, había perdido interés en ella. Pocas veces he dicho algo en estas conversaciones. Jamás creí que una mujer me confesara este tipo de cosas. Yo creo que es porque piensa que no entiendo demasiado. Es normal: el doctor Polanco me presentó ante ellos casi como un retrasado mental con ciertas habilidades. Soy retraído y silencioso, eso que ni qué, pero entiendo cosas del mundo. Por eso la señora se comunica conmigo: porque piensa que habla con su mascota. Cuando la conversación me exige decir algo, alcanzo a musitar un breve sí o un rotundo no para que

ella continúe en lo suyo. Por estos silencios míos, tan prolongados, me confesó que mandó a sus dos hijas gemelas al extranjero. Me dijo que lo hizo porque las tensiones políticas en el país no auguraban nada bueno. Aun así, continuó aquella tarde, las extrañaba, y por eso regresarían en dos semanas. La noticia me tomó por sorpresa, pues nadie de la servidumbre —odiosa palabra— me había dicho que el matrimonio tuviera hijos. No hay ninguna fotografía de las adolescentes —tienen dieciocho años— y nunca he escuchado a la señora hablar con ellas por teléfono. Ahora entiendo, sin embargo, los dos cuartos, tan diferentes, que están en el tercer piso. Después de esta conversación merodeé por la casa y me dejé llevar por sus corredores. Hay un silencio que llega a perturbar.

Una de esas habitaciones es como la de una princesa: un candelabro de vidrio cuelga sereno del altísimo techo, una cama blanca con dosel domestica la mirada del intruso, un juego de porcelana color jade recuerda a ambiguos esparcimientos de la realeza, un baño doble con tina y jacuzzi inflama la intimidad, rematan la escena muebles y sillas de color crema, cómodos y alargados, que guían la mirada hacia un balcón lo suficientemente grande como para una pequeña reunión. Al salir de la habitación, un cuadro de tamaño natural de una de las gemelas cuelga impertérrito por arriba de la puerta. Su mirada posee resabios de algo odioso y patético. Varios detalles llaman la atención: está en una silla de ruedas, apretando la boca, la mandíbula encerrando algunas palabras. “Marta Suárez (1989)”, se lee. Salí de la habitación y me dejé llevar por las sombras de la tarde hacia el otro cuarto, que pertenecía a la otra gemela. Creí que encontraría un espacio similar, solo que con algunos retoques, clásico en este tipo de situaciones. Estaba equivocado: me encontré ante una especie de calabozo moderno, grisáceo, y contradictorio respecto al diseño de la casa en general. Me pareció extrañísimo, al grado que tuve que salir de la habitación para demostrarme a mí mismo que no había entrado en otra dimensión. Volví a entrar al cuarto y descubrí un colchón arruinado, el techo con manchas de humedad expandidas por la mugre, los tablones crujiendo, un inodoro descuidado cuya palanca no servía —lo comprobé yo mismo— e incluso creí ver, por el rabllo del ojo, una rata que se movía en una esquina. Oía a orines. Por un momento pensé que quizá ambas dormirían en la habitación real de la que acababa de salir, pero al voltear hacia la puerta descubrí un cuadro, también de tamaño natural —quizá lo único similar, además de su físico, era esa pintura— que me llevó a concluir que las gemelas dormían en cuartos diferentes. Decía: “María Suárez (1989)”. No entendí, al principio, por qué el cuarto de una estaba tan descuidado y el de la otra tan arreglado. ¿Sería simplemente una expresión extrema de sus personalidades? He llegado a pensar que quizá las gemelas se repelen entre ellas por la posibilidad secreta de que una absorba a la otra. ¿Una reminiscencia atávica, biológica, y depredadora de lo que sucede en el vientre? Pensé que esto era una estupidez, dado que los gemelos —hasta donde sé— no tienen que luchar entre ellos por la supervivencia. La madre provee para ambos. He decidido averiguar un poco más de este misterio. Quizá alguno de los empleados sepa

algo. Como dijo mi amigo Giovanni Torrado: Los secretos familiares siempre tienen un doble fondo”.

Me sorprendió encontrar mi nombre en el diario de Rubén Pimienta. No lo había visto en décadas y, como ya lo mencioné, no recuerdo haber tenido una relación especialmente íntima con él. Al principio consideré un milagro que las entradas estuviesen tan bien escritas, aunque después pensé que quizá no era el primer diario que escribía. Seguramente en el hospital había terminado varios, probablemente ahora perdidos. La siguiente entrada había sido fechada dos semanas después de esta última.

“Las gemelas han llegado. Sonará estúpido —qué importa, soy el único lector de este diario— pero son exactamente iguales. Al principio pensé en un reflejo, después en una copia, después en un clon. No he encontrado, hasta la fecha, ninguna diferencia física discernible. Una de las cosas que las distingue es, por supuesto, la silla de ruedas de Marta. No solo eso: su mudez voluntaria. Mientras que María es dicharachera —una lengua que levanta polvo por doquier— la otra es huraña y retraída. María es alegre; Marta es seria. Entre ellas persiste un secreto. Lo noto. Aunque no lo llamaría secreto sino entendimiento. Es como si una supiese lo que la otra hace, piensa, y vive. ¡Vaya cliché! Esto me ha llevado a rincones de la imaginación poco recomendables. ¿Si una se toca, la otra lo siente? ¿Si una siente dolor, la otra también? Este es el problema de la soledad: se tiene demasiado tiempo para pensar, para elucubrar, para ver. Desde mi habitación, que ocupa uno de los extremos superiores de la casa, las puedo ver mientras admiran deliciosamente el jardín que, de alguna manera, yo preparo cada día para ellas. He descubierto algunas cosas puntuales. Liturgias o rituales cotidianos que revelan una querrela más profunda de la que inicialmente pensé, como cierta renuencia a pasar mucho tiempo juntas. Marta, por ejemplo, jamás deja que María toque la silla de ruedas. María, en cambio, nunca deja que Marta la señale. Salen al jardín con una nana y leen libros durante toda la tarde. No alcanzo a distinguir la portada de los mismos. Adivino que lo hacen para complacer a la madre. En cuanto suben a sus habitaciones —las dos utilizan el elevador que pusieron para Marta— se separan irremediamente. La escalera de caracol que me conecta con el mundo baja directamente al espacio que conecta sus cuartos por medio de un amplio corredor. Puedo espiarlas brevemente, pues Marta va directamente a su cuarto —esto lo puedo ver con claridad— y María cruza el corredor y se pierde del otro lado. Un bloque macizo de piedra me impide ver todo su recorrido. Las gemelas no se hablan durante toda la noche y no dejan sus cuartos hasta la mañana siguiente.

Fue uno de esos días genéricos cuando María, al verme en el jardín, comenzó a hablarme. Al igual que a su madre, le llamó la atención el canto suave que le doy a mis árboles. Desde ese momento mantenemos una comunicación constante. Esto no es nada raro dentro del hogar, pues las gemelas charlan con toda la servidumbre como si nada —creí que las familias mexicanas de clase alta poseían una especie de recato social a la hora de estos trabajos— durante tiempos variables cada día. Una de las criadas —Ofelia—

es la preferida de Marta y con ella pasa innumerables silencios. El favorito de María soy yo y he comenzado a apreciarla de un modo distinto. Conversamos de varios temas, me revela sus sentimientos, me dice que se siente sola en esa casa, que haber terminado la escuela en el extranjero la priva de hacer amigos en México. Marta, por otro lado, es la niña de sus padres. La miman, la cuidan, la llevan a lugares y le dan toda la atención que María no recibe. He comenzado a pensar que es por eso que María se me acerca con frecuencia, que nuestra intimidad tiene un poco de psicología familiar de por medio, aunque esto sería darme demasiada importancia.

Si a María solo la trataran con indiferencia no habría tanto problema, pero también la maltratan. A veces el daño es físico, en ocasiones, verbal. He llegado a creer que el señor Suárez abusa de María —aunque esto no pueda comprobarlo— sobre todo por esos hematomas tan groseros que a veces aparecen en sus brazos y el temor absoluto que María le tiene al padre. La madre la maltrata emocionalmente. Esto me enfurece, pero no hay nada que pueda hacer excepto darle toda mi atención. Confieso, sin embargo, que me siento halagado por su compañía, especialmente porque nadie dice nada. Todos lo ven tan natural. Esto, por supuesto, no me ruboriza, pues dan por sentado que tengo alguna especie de retraso y, por lo tanto, que no represento ninguna clase de peligro —ni físico ni moral— para María. Hace unos días noté que rozó, involuntariamente, sus manos con las mías. Volví a repetir el gesto apenas anteayer. Hoy, que escribo esto, posó su codo sobre una de mis rodillas. Me he dado cuenta del peligro pero también de sus curvas. Qué importa. Como decía mi amigo —quizá el único que he tenido— Giovanni Torrado cuando, borracho y enamorado de una de tantas, sentenció con malicia y machismo: *a las mujeres hay que darles entrada, no importa por dónde*”.

Tuve que pedirle otra cerveza al camarero. El diario de mi amigo Rubén Pimienta comenzaba a intrigarme. Quise recordarlo intentando rescatar alguna ceremonia suya, algún rasgo personal imperecedero, algo que lo llevara a materializarse en mi mente con la certidumbre de los ídolos. No podía creer que el Fantasma Pimienta, como le apodaban algunos, me considerara su amigo. Por cierto, yo nunca había dicho aquella frase. Supongo que el hecho de que le hubiese presentado a Arthur Rimbaud y su vida estafalaria lo había llevado a pensar que nuestra camaradería podía mutar en una intimidad vital y duradera. Ciertas existencias, quizá, perciben su vida a través de episodios significativos y no a partir de la linealidad del tiempo y sus azares como una posibilidad de tantas otras. Tal vez Rubén Pimienta pertenecía a la clase de hombres que piensan que el destino significa recorrer un solo camino, porque así lo dictaminaba Dios o el Universo, y no imaginarse varios, por la imposibilidad física de recorrerlos todos.

“María me ha prometido consumir nuestro amor —sus palabras— con el acto de intimidad por excelencia: el afecto desnudo de nuestros cuerpos. Esto me lo dijo hace una semana. Hoy es el día en que sucederá. No solo eso: María me ha confesado que Marta me mira con algo más que curiosidad, que le ha comunicado que le

parezco atractivo pero que no sabe cómo acercarse a mí, pues no quiere hablar. Rencillas inocentes entre gemelas. Por supuesto, mi excitación está por los cielos, no solo porque tendré sexo con una mujer desde hace muchos años —la última vez ocurrió con aquella enfermera— sino porque María me reveló un secreto: si Marta no estuviese en silla de ruedas y comenzara a hablar, la única manera de diferenciarlas sería el pequeñísimo lunar rojo que María tiene detrás de su lóbulo izquierdo. Me ha asegurado que nadie lo ha visto y que nadie conoce su secreto excepto ellas. Esto me produjo la sensación de estar viviendo en una cofradía impenetrable para el mundo. Esta voracidad con la que calma mis miedos es uno de los rasgos que más me atrae de María. Además, la manera en que me agarra la mano y la pasa por sus senos me lleva a tener sueños húmedos que se expanden durante la noche. No sé si siento amor por ella o mero afecto —la zona gris entre la amistad y el romanticismo— pero esto es irrelevante para la faena que ocurrirá esta noche. El secreto de secretos, sin embargo, no es el sexo prometido o el lunar rojo detrás de su lóbulo izquierdo como signo diferenciador sino uno mucho más perturbador. Una noche de insomnio escuché ruidos en el corredor de las gemelas. Bajé con remordimiento —espíar es una forma poco decorosa de la curiosidad— y esperé sentado al filo de las sombras a descubrir de qué ruido se trataba. Lo que vieron mis ojos me dejó anonadado: Marta caminaba hacia el cuarto de María. Sus pasos, al principio dubitativos, me parecieron los de una niña aprendiendo a caminar. Minutos después la vi salir y enfilarse a su habitación. No entendí al principio lo que sucedía y al día siguiente fingí demencia, algo bastante apropiado para mí en esas circunstancias. No le dije nada a María, pues no quería arruinar el momento”.

Aquí el diario se cortaba abruptamente. Rubén regresaba páginas después en un estilo confuso y con una caligrafía entrecortada, nerviosa, y fragmentada.

“No sé lo que pasó. Estaba con María cuando comenzó a gritar. Me dijo que no la tocara, que me alejara de ella, que era horrible lo que le estaba haciendo. Por supuesto, despertó a toda la casa. ¿Qué le hice a mi querida para merecer esto? Creo que sé lo que tengo que hacer”.

Ese era el fin del diario de Rubén. Había aprovechado la confusión para escribir esto último y guardarlo entre unos tablones en su habitación. Ahí lo había descubierto la policía. Se colgó de las vigas del techo. La única fotografía que tomaron de su cadáver lo muestra con las manos tíasas y con un espanto profundo en los ojos abiertos, como esperando el flash de la cámara.

II

Ha sido en el periodismo donde he encontrado a los más fervientes clérigos. Se tiene la noción —extraña, desde mi punto de vista— que el artista es la culminación de la cofradía de la fe. Nada más falso: es el periodista y su obsesión por la verdad la que no solo inspira los próximos cenáculos de buscadores de noticias sino de paladines varios que no se han cansado de rezar. Y miren que no soy

un cínico: mis vacaciones a mitad de semana son simplemente la confirmación de que he hecho mi trabajo. Baste esta declaración de principios para que el lector entienda porque hice lo que hice: no tanto por las —*ejem, ejem*— presiones de la dirección editorial para que comenzara a mover otra vez la pluma, sino porque creo en la profesión. Por ello, me apersoné en la casona de San Ángel donde mi amigo había decidido terminar con su vida.

Como buen periodista había merodeado por el lugar días antes. Contemplé la rutina familiar de los Suárez desde mi coche y desde la azotea de un edificio cercano. La labor periodística se me antojó, en aquellos días, una extensión del oficio del detective. Acompañé la soledad con varios tazones de menudo y cervezas encubiertas. Le propuse a la directora editorial una entrevista con el señor Suárez, aprovechando que el Presidente, en evento público, había reducido la camada de aspirantes a la candidatura del partido. Suárez había sobrevivido al corte. Del suicidio de Rubén Pimenta no se había hablado. Un periódico de nota roja le había dedicado unos párrafos al caso, pero no más. Yo procuré ser más cauto y no abalanzarme sobre la noticia. Mi intuición me decía que mi amigo había sido víctima de alguna especie de chantaje por parte de María Suárez. Me puse mi mejor traje y salí a eso de las tres de la tarde de mi oficina. A las cuatro estaba sentado frente a una taza de café en el despacho del señor Suárez.

Con su figura de saurio encorvado, el señor pertenecía a la nada rara estirpe de políticos que pudieron haber sido casi cualquier otra cosa. Su aspecto grave, consagratorio, y testamentario, no era un don en sí mismo sino la continuación de la superchería política. La derecha por fin había ganado unas elecciones en México y los herederos del sistema buscaban su lugar en el próximo sexenio al enarbolar banderas e himnos que lo mismo podían ser eructos o papel de baño. El señor Suárez me trató con deferencia. Esta actitud no tenía nada que ver con un posible apoyo editorial sino con la clarividencia del que sabe que puede crucificar o ser crucificado. A ese nivel la política deja de ser intuición para presentarse como mera tragedia. Al ganador se le presenta como epifanía nacional. La comedia, por supuesto, se repite cada seis años. Ahora, los que detentan el poder tienden a hacer pirotecnia de casi cualquier decisión, transformando la política en carnaval. El partido oficial de antaño solía ser más parco en sus festejos, tal vez por esa manía de sacralizar el poder.

Para no desentonar con la lambisconería nacional, le pedí al señor Suárez permiso para recorrer la casa, a solas, para presentar al hombre y al político. Se tragó el cuento. Advertí, en ese instante, que la adulación es peligrosa porque la vanidad retarda la intuición. Lo primero que hice fue recorrer el jardín, una elección obvia dada mi tendencia a la puerilidad en los momentos más importantes. No sé nada de jardinería, pero puedo asegurar que mi amigo realmente se había tomado su oficio con seriedad. Aproveché para hablar con unas cuantas criadas que me dieron información insustancial y aprobada por los patrones. Después de varias vueltas me encontré de frente con una de las habitaciones de las gemelas. Era la habit-

ación real. Me adentré en ella como admirando un descubrimiento aplazado pero inevitable. El cuarto era como mi amigo Rubén lo había descrito y otro poco. Llegué incluso a pensar que era más elegante que el resto de la casa. Al principio no me di cuenta, pero pronto advertí un olor a incienso y a sacristía. Una especie de emanación santificada que provenía de una esquina. Ahí había alguien, supuse que Marta, la gemela lisiada. Cuando escuchó mis pasos, se dio la vuelta y se sobresaltó. Un respingo agudo fue su manera de saludar. Me presenté. Comencé a interrogarla sobre su padre. Respondió a mis preguntas escribiendo sus respuestas en un cuaderno, dada la insistencia en su silencio. Intenté leer entre líneas alguna especie de indolencia o egoísmo propio de su clase social, pero no encontré nada. Marta parecía lo suficientemente satisfecha con su vida. Le pedí permiso para recorrer su cuarto. Me lo concedió. Después de unos minutos de no encontrar nada (¿qué es lo que estaba buscando?) decidí darle las gracias. Estaba a punto de irme a la otra habitación cuando un carraspeo hizo que me volteara. La gemela me apuntaba con el dedo índice y me pedía que me acercara a ella. Lo hice, aunque plenamente consciente de que el misterio en esa casa podía ser mortal. "No creas que no te he visto". Hablaba. Me sobresalté. Le dije que no sabía a lo que se refería. "Te he visto merodear por la casa. Qué quieres". "Nada", contesté, "creo que te estás confundiendo". "Yo nunca me confundo. Sé que eres amigo de Rubén Pimienta. Ese es su diario". De frente a ella me sentí completamente estúpido y amenazado. Maldije a la empresa de marketing a la que se le había ocurrido ponerle ese color a un cuaderno de intimidades.

Entonces la que creí que era Marta confesó, en la brevedad de su lengua, una vida de aparatosos maltratos. "Ella recibía toda la atención. Prefiero esta enfermedad fingida a la salud patológica de esta casa. Ve cómo tratan a la otra". Me quedé boquiabierto, no solo por la maestría del plan de María sino porque yo había confirmado, por primera vez, que yo era realmente un periodista. Me sentí ortodoxo pero empoderado. *Había descubierto algo que nadie más sabía.*

Comencé a rodearla poco a poco. Jugaba torpemente con la silla de ruedas, como si no estuviese acostumbrada a verla como una extensión de su movilidad. Cuando me puse detrás de ella me invadió el horror: un pequeño lunar rojo detrás de su lóbulo izquierdo me entró por las pupilas y me hizo abandonar inmediatamente la casa. Afuera, un poco más calmado, lo entendí todo.

No había sido María la que había acudido a la cita con mi amigo Rubén Pimienta aquella noche, sino Marta, a la que Rubén

había visto caminar como si nada. María, al darse cuenta que Marta también quería a mi amigo, lo concertó todo: le dijo a su gemela que Rubén quería hablar con ella por la noche en su habitación o alguna otra treta misteriosa para sacar a la inválida de su cama de ensueño. Mientras Marta subía las escaleras para encontrarse a un Rubén dispuesto para el sexo, María se acomodaba en el cuarto de la gemela, dispuesta a tomar su lugar. El resto es historia: Marta jamás pensó que Rubén querría poseerla y, para sobrevivir al asalto, no tuvo de otra más que gritar y patear, transformándose en la otra, alertando a todo el hogar y cambiando su papel en la casa: María será Marta, la niña mimada por los padres; Marta será María, la maldita, la vejada, la abusada por no sé qué terribles designios familiares. Ninguna diría nada: pelearían por ese puesto hasta el fin de los tiempos.

III

Meses después de este incidente, el señor Suárez se convirtió en el candidato oficial del partido de derecha. Probablemente ganará las próximas elecciones. Una verdad insonora constriñó mi rostro: comprendí, con una cerveza en la mano, que esta crónica tendrá que esperar bajo llave en una caja fuerte hasta el próximo sexenio, cuando las desilusiones de la política acaben con la efervescencia de los apólogos del régimen.

Me retiraré, por el momento, a la condición plebeya y trágica que me corresponde: la del periodista que sabe algo pero que no puede contarlo. Acaso esta historia generará asombro y lecciones inusitadas para futuros lectores. En este momento político, sin embargo, no tengo mejor calificativo para describir esta crónica que el de contrarrevolucionaria. Por ahora, el silencio será mi legado. Admitiré temporalmente esta devastación sin adjetivos fáciles para confiarle al lector que las más perfectas historias del periodismo se añejan mejor en los traumas futuros. Ni siquiera haré el intento de confiarle a la nueva directora editorial los verdaderos frutos de mi labor periodística —la entrevista con el señor Suárez es apenas la superficie. Al igual que las gemelas, este secreto saldrá a la luz cuando alguien diferente ocupe la silla.

Solamente en ese momento, estoy convencido, esta historia cobrará alguna importancia, ya sea bajo la forma de un escándalo o bajo la memoria martirizada de mi amigo Rubén Pimienta, que me ha salvado, alabado sea su nombre, de un futuro despido.